

La insospechada fuerza inspiradora de los votos

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 145 – 1 de julio 2020

Queridos hermanos:

Un fraternal saludo para cada uno de ustedes, y sus comunidades, así como también para las personas que nos sirven en nuestras casas. Mientras en algunos países se está retomando poco a poco las actividades y los encuentros, en otros seguimos en condiciones de confinamiento para intentar controlar la expansión de la pandemia del coronavirus.

Sabemos que este tiempo nos está tocando fuertemente. Ninguno de nosotros ha quedado indemne ante este hecho que

afecta a todas las dimensiones de nuestra vida. Como muchos más en el mundo, tenemos hermanos, hermanas y laicos que se han contagiado del coronavirus. Algunos de ellos han muerto por o con el coronavirus y no pudimos acompañarlos como hubiéramos querido en su último viaje. Todos creo yo, con más o menos intensidad, hemos experimentado en carne propia, miedos a la enfermedad y a la muerte y hemos descubierto con realismo, cuán radicalmente vulnerables e interdependientes somos los unos de los otros. Por las restricciones de movimiento que impuso la pandemia, nuestro ministerio debió reinventarse y orientarse a pocas actividades, a estar más en casa, a cuidarnos mutuamente, y cuidar de otros modos a las personas que se nos han confiado, mediante el servicio de acompañamiento, de escucha y consuelo y de acogida a gente de calle y de entrega de alimentos.

Cada uno de nosotros hemos hecho un viaje al interior de nosotros mismos. Hay conversaciones que teníamos silenciadas por la rutina y que han reaparecido en nuestro corazón. Hay también miedos que tal vez han surgido con más fuerza. Hemos podido igualmente saborear las pequeñas alegrías de cada día. Y la oración de intercesión se ha intensificado, la que nos surge del corazón o la que tantas personas nos confían por alguna intención particular. Y hemos visto con más crudeza, las situaciones de pobreza en la que viven tantas personas -hacinamiento, falta de servicios básicos- ya desde antes de la pandemia y que ni imaginábamos o la que ha surgido como consecuencia de ella que dejará a muchos países con más población pobre y en situación de precariedad laboral y social. Ninguno de nosotros ha quedado indemne. Algo en nosotros ha cambiado. Tenemos la oportunidad de volver a ser no los mismos de antes de la pandemia, sino mejores de lo que éramos antes, a condición de dejarnos impactar por la realidad que vivimos, de no olvidar lo aprendido y el camino andado en este tiempo y hacer tesoro y energía de todo ello para el camino que continúa. Ha sido un tiempo para recordar algunas dimensiones esenciales de nuestra humanidad y de nuestra vida religiosa ssc. En este sentido, creo que la vivencia de los votos de pobreza, castidad y obediencia, pueden revelarnos una insospechada fuerza inspiradora.



Los votos y la vida cristiana

La reinención del ministerio en contexto de restricción del coronavirus nos ha obligado a replantearnos el para qué estamos. Nos sabemos más a nuestro planeta y al conjunto de la humanidad en nuestra radical indigencia e interdependencia, ante un virus que no hace acepción de personas. Ello nos ha hermanado más que nunca al destino común de nuestra humanidad y de nuestro planeta, no tanto por el hacer sino más bien por el padecer juntos la misma vulnerabilidad. Y desde esta humildad radical, percibimos que los votos religiosos no apuntan a otras cosas que introducirnos a la vida cristiana, es decir, a la vida humana según el Cristo. Sin pretender agotar la vida cristiana a estos tres consejos evangélicos - que de hecho se dirigen a todo bautizado-, nos ofrecen tres ámbitos: el tener, el querer y el decidir- en los que Jesús asumió la vida humana y la lleva a su plenitud. En otras palabras, los votos nos ofrecen un camino de plenitud de vida humana en el seguimiento de Jesús. Su resurrección nos anticipa el final de esa plenitud y nos impulsa a peregrinar en el tiempo, aquí y ahora, desde su victoria sobre la muerte. Permítanme una palabra sobre cada uno de estas dimensiones contenidas en los votos como una invitación a redescubrir su fuerza insospechada.

El voto de pobreza como voto de comunión

“La pandemia ha dejado en evidencia la precariedad de las conquistas económicas y sociales”.

La pandemia ha dejado en evidencia la precariedad de las conquistas económicas y sociales. Muchos que habían logrado salir de la pobreza, se encontrarán de nuevo en ella, y lo que ya estaban, se ven más desvalidos. Además, todos nos hemos dado cuenta de que se puede vivir con mucho menos: menos consumo de bienes

y energía, menos desperdicio, menos gente a nuestro servicio. Y nuestro planeta que se ha rebelado ante nuestro afán de consumo ilimitado. Cuando volvemos la mirada a Jesús, nos sorprende su libertad para compartir con ricos y pobres, para anunciarles a todos la gozosa y exigente buena noticia de las nuevas relaciones que él quiere así instaurar: a los ricos, por un lado, él fustiga su apego a los bienes que los encierran tristemente en ellos mismos y los hace ciegos ante el prójimo y su valer. Y, por otro, los invita a vivir la existencia en clave de dar y de darse a los pobres para descubrir así una felicidad nueva. Y a los pobres, les exhorta a vencer la vergüenza de serlo, cuando saben compartir lo poco que tienen, y los invita a asumir la dura tarea de existir, confiando decididamente en el Dios que está de su lado. Entonces desde esta mirada a Jesús y con los cuestionamientos que nos vienen de la realidad, ¿no podríamos entonces como religiosos asumir un estilo de vida más sobrio en nuestro consumo, más solidario con los pobres, compartiendo nuestra casa y mesa con ellos, y más atento a nuestro planeta empobrecido, cuidando de sus delicados equilibrios?

Castidad en el celibato como voto de amar más

Estos tiempos de pandemia nos han hecho ver cuán necesitados somos de esa red de personas y de sus afectos, incluso más allá del servicio que podamos ofrecerles. El afecto que tejemos con ellas nos mantiene emocionalmente equilibrados. Tal vez el no contar con la posibilidad del encuentro físico con los que queremos nos ha hecho experimentar algo que en condiciones normales podemos olvidar, a saber, que yo nunca puedo disponer del otro y que, al contrario, la relación se profundiza cuando todos ganan en libertad y en deseo de ser mejores. También hemos visto con dolor las personas que ya antes de la pandemia vivían en una soledad y carencia de vínculos y que las medidas de aislación las condenó a una muerte por olvido y abandono. En nuestras comunidades, hemos reaprendido que podemos también querernos entre nosotros, a pesar de todo. Que nuestro

voto de celibato no es solo la privación de una relación exclusiva y estable con una persona -como sería en la vida en pareja o en el matrimonio- sino que es un llamado a desplegar nuestra capacidad de amar más, con todo lo que somos, abrazando nuestras sombras y asumiendo nuestras torpezas. Jesús aparece como un hombre radicalmente libre, capaz de expresar sus afectos y emociones -desde el gozo hasta la ira, pasando por la tristeza y la soledad- como caminos para profundizar una relación y abrirla a una más que acontece en ella, Dios reinando ya en medio de nosotros. Para amar como Jesús, como célibes, un buen punto de partida sería el reconocer con humildad que nos es más fácil expresar el afecto y el cuidado con "los de fuera" de la comunidad que con los hermanos con los que vivimos. Y lejos de ser una constatación que nos paralice, podemos tomar una decisión humana y religiosamente que nos vincule más desde el voto de castidad: decidir amar a nuestros hermanos, por lo que los hace amables y por lo que es difícil de amar en ellos. Y por sobre todo, que una decisión así la tomemos desde el sabernos ya amados por Jesús, como sus amigos, y que ese amor nos viene también a través de nuestros hermanos. Entonces más que estar esperando de nuestros hermanos que nos quieran o nos reconozcan, decidamos simplemente quererlos, como son y por lo que son. Y luego, hagamos que nuestra capacidad de amar en nombre de Jesús, privilegie el querer a los que mendigan cariño: los ancianos solos, los inmigrantes lejos de su tierra y de su gente conocida, las personas diversamente hábiles, y a tantos más.

La obediencia como voto de discernimiento y de búsqueda de sentido

Durante este tiempo muchas comunidades discernieron quién salía para hacer las compras o quién asistiría a las personas que solicitaban acompañamiento o los sacramentos en casa o en hospitales. Otras comunidades discernieron y decidieron colaborar con iniciativas de preparación y de distribución de comidas o de acogida de personas en situación de calle.

Las medidas de higiene pública para contener la pandemia, nos han hecho más conscientes que nunca que la vida hay que cuidarla y que para proteger la vida de los otros, había que evitar los contactos. Pero en régimen evangélico, sabemos que la vida no es un bien absoluto que hay que preservar a cualquier costo, sino que es una vida que se plenifica, en la medida que se da y ofrece día a día, al servicio de los hermanos y hermanas. Si la pandemia o una enfermedad puede arrebatar la vida a alguien contra su deseo de vivir, ello no se nos impone como una fatalidad. El voto de obediencia nos hace buscar activamente su sentido volviendo nuestra mirada a Jesús con nuestra inteligencia sapiencial. La obediencia es hacer que el sentido que damos a las cosas nos vaya configurando cada día más con Jesús: a quien nadie le quita la vida, sino que él la da y la entrega y cuyo secreto de una vida plena es: "El que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda la vida por mí causa, la hallará" (Mt 16,25).

"La obediencia es hacer que el sentido que damos a las cosas nos vaya configurando cada día más con Jesús".

Por la profesión religiosa, ¿no hacemos de antemano entrega de nuestra vida para consagrarla al servicio de los hombres y mujeres, al modo de Jesús? ¿No es el recuerdo de la profesión religiosa en Damián, bajo el paño mortuorio, lo que le hizo descubrir el secreto de su extraña felicidad en Molokai? ¿No es la entrega de Cristo que contemplamos en la cruz y celebramos en la eucaristía la que nos estimula a dar sentido al dolor que se nos impone con la enfermedad o a la adversidad que deshace nuestros planes?

Los votos como una forma de realización del amar a Dios y al prójimo

Nuestro Fundador había descubierto la lógica de fondo de los votos: perderse a sí mismo para hallar la verdadera vida, morir a sí mismo para vivir, poniendo el centro de la vida no en nosotros mismos sino en el prójimo, amándolo. Todo eso se resume en un único voto, el más esencial, que es no vivir ya para sí mismo, sino colaborar con la acción de Dios, su salvación en cada hermano y hermana. Este mismo camino de sentido es el que comparte a sus familiares un prisionero de Siberia cuando cita estas tres líneas:

“Todo eso se resume en un único voto, el más esencial, que es no vivir ya para sí mismo, sino colaborar con la acción de Dios”.

“Busqué a Dios y Él me rehuyó.
Busqué mi alma, y no la encontré.
Busqué a mi hermano, y encontré las tres cosas” (William Blake).

En estos tiempos en que algo nos ha cambiado, nos ayuden a volver la mirada a Jesús en su camino de realización a través de los votos religiosos. Rehagamos este camino de Jesús en la historia singular de cada uno de nosotros, en las opciones y decisiones que lo van orientando, y acompañado por los hermanos, redescubriremos la fuerza insospechada de los votos, como los amigos del Señor, y los hermanos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Alberto Toutin ssc
Superior General

